

No creo que lo que se me ha pedido escriba para la revista de la Diputación provincial sea un estudio económico, más o menos profundo, lleno de datos, citras y estadísticas. El cultivo cerealista es muy importante en nuestra provincia y junto con el de la vid y el olivo, los tres puntales sobre los que se apoya la agricultura de la misma. Existen algunos estudios de este tipo muy buenos, entre los que se cuenta el realizado por la Cámara Sindical Agraria no hace mucho tiempo.

Pienso, por tanto, dedicar mis menguadas tuerzas a rendir homenaje al hombre; un canto humano a todos aquellos que con su esfuerzo, su trabajo y su tenacidad consiguen cada año poblar los campos de rubias mieses y eras, silos y graneros de morenos montones de trigo.

Son ellos, los que labran la tierra, primera en la dolorosa y bronca faena del alzado de rastrojeras; son ellos, los que luego la peinan y acarician en labores menos profundas y más suaves; son ellos, los que más tarde la miman aportándole el abono que le restituye las fuerzas entregadas en anteriores cosechas; son ellos, los que con primor y pericia, acechando el momento oportuno, que les es conocido por milenios de experiencia, realizan la simienza.

Viene después el tiempo de espera. El hombre ha hecho todo cuanto está en su mano. Llega la hora de Dios. Es el gran momento de la germinación de la semilla enterrada y de la afloración de las minúsculas plantitas, que rápidamente cambiarán la tonalidad rojiza de nuestras llanuras para tornarlas de un verde fresco y jugoso, que reluce como esmeraldas cuando se adorna con el rocío y el sol de las mañanas otoñales. Ellos, los que araron, abonaron y sembraron, mientras preparan nuevas barbecheras, no pueden hacer otra cosa que unirse a la oración de la Iglesia que en cada misa reza: «...y conserva y acrecienta la fecundidad de la tierra». Ellos son los directores colaboradores de la obra creadora.

## Homenaje al hombre



**Jesús Bustamante Vélez**

Agricultor

**Torrenueva**

Con frecuencia, casi cada día, van a ver cómo están las siembras. Pasan los rigores de las heladas sin encontrar explicación lógica al hecho de que una planta casi recién nacida, tan endeble en apariencia, sea capaz de soportar tan crueles temperaturas. ¿Cuántas y cuántas veces la provincia de CIUDAD REAL da la temperatura mínima de España durante el invierno? Cuando éstas van cediendo vigilan la aparición de las malas hierbas para extirparlas. Se aportan nuevos fertilizantes nitrogenados para ayu-

dar a la Madre Naturaleza en el titánico esfuerzo del primaveral y rapidísimo crecimiento y la maduración definitiva.

Y por fin llega el ansiado momento de la recolección; las visitas a los sembrados se multiplican, hasta que un día se decide: mañana segamos. La sequedad de los rastrojos es sobradamente compensada con la alegría de las eras. Sin embargo, hasta que trigo y cebada llegan a ellas son grandes también las penalidades. Julio y agosto son meses abrasadores en la provincia. De nuevo «el hombre del tiempo» dice a menudo que CIUDAD REAL ha dado la máxima. De Virgen a Virgen (17 de julio a 15 de agosto) el sol quema materialmente todo lo que toca. Rindamos tributo de admiración a esas personas que han de realizar su trabajo en las horas caniculares por ser en las que mejor se da la siega. Son los mismos hombres que araron, sembraron y sufrieron en la incierta espera, los que sobre las cosechadoras, caldeadas por el sol, el propio motor y la nube de polvo que se eleva de la mies y la tierra, hacen la recolección. A Dios gracias no ha llegado a ellos la tan admirada especialización, que todo lo deshumaniza cuando es exagerada. Ellos realizan el ciclo completo por sus propias manos, a la vez que lo comparten con otras faenas y cultivos que igualmente conocen a fondo.

Para terminar, un agradecido recuerdo a aquellos hombres que nos precedieron y que hicieron posible la realidad que vivimos: aquellos que tras la yunta de mulas sacaban a tiralíneas los surcos de la barbechera; aquellos que con la ayuda familiar escardaban a mano; aquellos que segaban a golpe de hoz en jornadas agotadoras, a veces sin ni siquiera sombra donde cobijarse durante la comida; aquellos que acarrearban, trillaban, aventaban y limpiaban el grano sin más utensilios que rústicos trillos, palas y horcas; aquellos que por no haber abonos recogían escasas cosechas que no compensaban sus esfuerzos. Honor y admiración a su constancia y austeridad.